

Reseñas

1. *Raúl Aguilera, Turén de Antaño.* Litografía Santa Lucía, Guatemala, S.F.E., 148 págs.

Emad Aboaasi El Nimer

Departamento de Historia Universal. Escuela de Historia. Facultad de Humanidades y Educación. Universidad de Los Andes. Mérida, estado Mérida, Venezuela

Turén de antaño, de Raúl Aguilera, es —como hubiese dicho Alejandro Peoli Mancebo— un libro de “*historia*” que contiene muchos disparates. Carece de rigurosidad metodológica y de la seriedad en la expresión de las ideas (mal redactadas, dicho sea de paso). En el discurso manejado por el autor, campean la ingenuidad, el desorden cronológico, las inexactitudes e irrealidades, lo fantástico, la fabulación, el anacronismo, la improvisación, la ficción, la conjetura descarnada y la imaginación surrealista, y no precisamente dentro de un texto literario, sino, “histórico”. Al parecer, ni el susodicho estaba consciente de lo que escribía, pues, en disímiles páginas, denomina a su “obra”: semblanza, anecdotario, historia, crónicas, reportajes, relatos, apuntes con una expresión menos técnica, estampas de costumbres, y, finalmente, tradiciones y acciones del pasado turenense. En el “Prólogo” enfatiza su intención de escribir un libro sobre la Historia de Turén y ofrendárselo a las generaciones futuras de ese terruño, como tributo al cobijo y sustento que encontró allí, durante buena parte de su vida. En nuestro modo de ver, no lo logró. Por las razones que, de seguidas, explicaremos.

Aguilera recurre a datos desordenados de algunos textos que menciona al voleo, de documentos de primera mano que afirma haber revisado —sin decir dónde—, para presentar una información distorsionada sobre las supuestas costumbres y tradiciones de los

aborígenes en la Turén pre y poshispánica, sin ofrecer, siquiera, una visión histórica coherente de lo que pretende exponer. Respalda sus conjeturas imaginadas, con un cúmulo de fechas y hechos alterados y desconectados entre sí y fuera de contexto; amén de ello anexa ilustraciones de otras etnias que en nada se corresponden con los nativos de la región histórica bajo estudio. Y, luego de tantos circunloquios y sofismas para abordar el tema indígena de Turén, en la página 40 del texto, en un punto y aparte, realiza un salto espacio-temporal, al señalar: “Hagamos retroceder el tiempo hasta principios del siglo: estamos hoy a tres de abril de 1913, (nos) situaremos ahora por un momento a contemplar los pocos árboles que custodiaban la plaza Bolívar...”. *Ipsa facto*, con un montón de vocablos, sin orden discursivo, se dedica a describir tópicos sobre la vida cotidiana del pueblo de principios del siglo XX, mezclando sucesos aislados cronológicamente, con leyendas y anécdotas que, según expresa, conservaba en los archivos de su memoria, y reforzó con el testimonio de algunos habitantes de la comarca aludida.

En su narración, emplea términos y frases coloquiales despectivas hacia las personas que describe: “jalabolas” (p.60), “jaladores de bola” (p.60), “más caliente que una plancha a pleno medio día (sic)” (p. 95), “no valían tampoco un pepino...” (pág. 99), “...mujer jodida” (pág.108), “querer joder a los pendejos” (pág.109), etc. Por el modo en que tales frases están empleadas en el libro, resultan ofensivas. Recordemos que las técnicas del discurso histórico no solo exigen veracidad con los hechos que se analizan, sino también, respeto a la memoria de quienes se estudia.

Para colmo, en algunos párrafos, mezcla lo coloquial con descripciones risibles, que pueden sobresaltar al lector, y, hasta desternillarlos de la risa, por lo absurdas. Ello lo notamos en el relato de Orsinis, quien menciona que, en 1909, una andina, dueña de una pulpería fue visitada por un policía (vestido de civil) para averiguar si ella vendía aguardiente. Simulando que tenía un dolor de estómago, le pidió un poco de licor. Sospechando de la trampa, le dijo que no tenía,

pero en su casa poseía el remedio eficaz: “(...) un lavado compuesto por agua de jabón, aceite de castor, aceite de pasota, aceite de almendra, sal de higuera y sal común, (...)” (p.108). Él aceptó y entró a la habitación. Ella le introdujo por el recto el purgante con el cual le produjo una “(...) gran explosión estomacal” (p.109). Entonces, él, para disimular aguantó:

...pero las cosas [le] salieron muy mal en esta oportunidad, porque *se convirtió en un carrusel automático, viaje y viaje, y de chorro a coliceo [sic], pasó ese día en reposo, porque fue tanta la descomposición que era torturado por el maldito purgante...* (pág. 109. Resaltado nuestro).

Raúl Aguilera, con su redacción inconsistente y enrevesada —anegada de palabras tras palabras que ni siquiera esbozan una idea clara—, intenta reflexionar sobre la importancia de la Historia, al decir que

El hombre no escribe casi nunca su historia, su historia si la escriben los hombres, por esto en este capítulo vamos a comenzar a narrar parte de una de ellas que bien o mal, es historia además es historia para que perdure hay que escribirla, para que pase a formar parte de lo que nosotros queremos, darle a los que se vienen y que si no lo hacemos ahora, se terminará para siempre y los venideros seres humanos, con mucha inteligencia, aprovechadores de una gran tecnología y la ciencia será su Norte y ese Norte lo conseguirán, pero nunca tendrán una identificación, de quienes fueron sus antepasados y por eso no sabrán jamás de donde vienen y será difícil tener conocimiento hacia donde van y que en lo que quieren, serán siempre unos indocumentados, y cada día que pase el don dinero será un mal necesario.

La historia es madre de la verdad, depósito de las acciones, émulo del tiempo, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia para el porvenir, es el hecho abierto a la vida. (págs. 72-73).

A lo anterior, subsume una inesperada anécdota “histórica” que, por su impertinencia en el discurso no solo se aleja de su objeto de

estudio, sino también, deriva en un agravio al honor de las “personas reales”, a las que se refiere de manera grotesca. Verbigracia, cuando describe a Arturo, subraya el poder omnímodo que éste ostentaba en la comarca de principios del siglo XX. A propósito de eso, señala, en cierta oportunidad tal personaje cortejó a una jovencita de nombre Josefina María, novia de un “lugareño de Sabaneta de Turén”, llamado Juan Ramón Ortega, quien no quería “amadrinarse” con ella “...porque ... no tenía tetas ... [pues] esperaba que la muchacha sasonara (sic) un poco más y que las tetas (le) crecieran un poco...” (pág.74-75). Un día, mientras Arturo se encontraba conversando con el Juez del lugar, ella pasó, y, curioso por saber de la joven, le preguntó a su interlocutor por ella. Éste le refirió el drama de la soltería por la pequeñez de los senos. Tal argumento, conminó a Arturo a dirigirse a la casa de Josefina María. Allí “negoció con la madre de ésta”, de nombre Cleotilde, para que se mudaran a una amplia y confortable vivienda de su propiedad. La madre, muy feliz, convenció a la hija y ambas se mudaron. Aguilera, como si se tratara de un *Best Sellers* —mascullado a lo campesino— en el que ficcionaliza la supuesta desgracia de las turenenses sin senos de principios del siglo XX, de modo despectivo, señala:

...la señora estaba muy contenta *por el valor que le habían dado por el animal que tenía en su casa*, Arturo comienza a disfrutar de su muchacha durante dos semanas y la señora queda, queda (sic) acomodada y apoyada por don Arturo. Al transcurrir dos semanas, vuelve don Arturo a la oficina del ciudadano Juez y le pregunta si no había visto a Juan Ramón Ortega, éste le responde que tenía días sin verlo, le dice Arturo, que si por si en caso lo ve que le diga, que puede ir a buscar a María Josefina, porque ahora si tenía tetas, el cacique don Arturo disfrutó de unos placenteros brazos y quien estaba contento por haberse anotado una nueva conquista que llenaba una página más de álbum de la vida, ratos extensos de una gran felicidad, y la vieja Cleotilde en su nueva residencia y de propiedad, con muebles buenos y nuevos, confeccionado por Aurelio Rojas, carpintero y abnegado, de quien hablaremos más luego, porque ahora

estamos ocupados con el relato de don Arturo el terrible, Juan Ramón, todo atolondrado, se mete a la borrachera por el despecho y el encono de la triste puñalada trapera que le propició don Arturo, esta cuenta queda pendiente, a pesar el rencor no era tanto, porque don *Arturo artifice de una escultura tan fina le había modelado a su querida novia, le había sacado tetas de donde no tenía, y ahora podía aprovecharla, con menos esfuerzos y mayor facilidad, pero esto siempre da rabia verdad* (págs. 76-77. Resaltado nuestro).

Descripciones de ese estilo, abundan en el libro bajo examen. Incluso, más burlescas. Por ejemplo, cuando se refiere a un cuento sobre Arturo y las descendientes de Elvira Leal, las representa como “ganado fino” y de “muy buena carne”; y a aquel como un comprador de novillas humanas que copula con ellas en el “matadero” (lugar donde las posee). Luego dice que dicho personaje “compartía la carne femenina” con los Jefes Civiles y Generales gomecistas. Evidentemente, la estulticia reluce como argumento en la narración de sus devaneos:

Continuando con Arturo, este logra hacer otro negocio, *compra por la cantidad de Quinientos Bolívares (B. 500), 5 muchachas hijas de la señora Elvira Leal, esta nueva compra de ganado fino, sería destinado al matadero, ya que en ese Turén de Antaño, Arturo comía carne muy buena, de ganado fino, de igual manera los Jefes Civiles o Generales, también aprovechaban el repartimiento proporcional que hacían los Caciques de la mencónada [sic] comarca, después las cosas se pusieron difíciles con respecto a la compra de ganado fino, es más abundante, pero permanece más custodiado y ahora existe el alambre de púa, lo contrario a lo de antaño que las cercas eran de cañizo, esto permitía no la violación de las cercas, sino la violación de las leyes, prevalecía la voz autoritaria del Jefe y el poder económico del Cacique, el cual se asociaban para hacer grandes fechorías, curruños y comía en el mismo plato y se arrojaban con el mismo cubrecama. La nueva compra de las finas novillas se identificaban [sic] así: María Vencerla, Cleotilde, pata de chivo, Paula Josefina, María Natividad y Josefa Valentina, en esta oportunidad la vencedora queda como depositaria*

y permitía que Arturo se fuera llevando, una por una, para así evitar el congestionamiento en la sala del matadero, a cada una de ellas, las dejaba en cuarentena durante tres días, las regresaba de nuevo a su casa, sana y salva, yo te aviso, este mismo método hizo con todas, con excepción de la última o sea con Josefa Valentina, por ser la de mayor experiencia y recargada de cuadrile, bonita y con mayor impulso en la arrancada, ésta se dio el lujo de que don Arturo pasar [sic] 15 días con ella, que felicidad para ella y para el amigo Arturo (págs. 77-78. Resaltado nuestro).

Para darle un tono de supuesta erudición a sus alegatos, el autor redacta párrafos con un cúmulo de fraseologías ininteligibles —típico de su modo de escribir— alterando la teoría creacionista —conocida en este lado del Trópico, y, en el mundo entero—, al decir que Adán deriva de una costilla de Eva, y no al revés, como lo refiere el Génesis bíblico. Dejemos que nos lo revele el siguiente pasaje cantinflesco:

Hay muchas versiones sobre el nombre de Turén, y sería para mí un egoísmo pretender imponer que lo que yo digo es una realidad, ésto [sic] me permitiría hechar [sic] por tierra toda la intención que he tenido en hacer lo que estoy haciendo con toda la voluntad y la sana intención de identificar y recoger todo cuanto se ha perdido, se está perdiendo y dentro de poco se terminará de perder y es material de identificación que tiene que tener cada pueblo para así lograr dar entender a sus hijos de donde se viene para saber hacia donde que vamos, tener conocimiento de quienes fueron nuestros antepasados, para defender la versión que muchos o mejor dicho la versión que tienen nativos y extranjeros, fuimos y seguimos siendo incultos y *sólo provenimos de indios sin ninguna cultura* y que su mayor preocupación era la de trabajar, comer, dormir, y producir familia, no señores, tenían una civilización avanzada y una cultura propicia y adecuada para la época, fuimos como fueron todas las partes del mundo sin ningún tipo de diferencia, fuimos igualito en cultura y su civilización fue acorde a cualquier país de Europa, del Asia, Medio y Lejano Oriente, *a lo mejor en ese Turén de Antaño y con barro de sus ríos se formó a esa mujer que dice*

la historia y que de su costilla se formó el hombre, esto ni Uds., ni yo, ni nadie lo puede discutir, lo que sí quiero hacer constar que mi intención no es querer imponer y afirmar que todo cuanto este libro dice es la realidad, pero estoy seguro que a estas alturas, ni yo ni nadie puede asegurar que el verdadero origen es tal o cual, estaría con esto inculpándose con esto algo que no tiene dueño y que es de todos cuanto de él queremos hacer algo más de lo que se ha hecho hasta la fecha, pretender darle nombre propio y registrarlo, sería robar algo que es de todos y que a todos nos pertenece por la misma razón de ser de todos, sobre este tema recojo todo cuanto se diga, porque no soy yo quien lo está haciendo; yo no viví ese pasado, ese pasado o parte de ese pasado lo vivieron y se lo contaron sus antepasados a esos que hoy me relatan y su historia y algo más como dicen en el Programa Amaneciendo, que ha servido como vocero para despertar la inquietud y hacer boticar (sic) a todo el que algo sabe, de lo que nosotros queremos saber, repito mi intención es otra, no la que otros han creído que es, hay que dejar constancia que los primitivos habitantes y los que lo sucedieron dieron origen a la exportación del país y que no fueron los últimos llegados ni los conquistadores ni los civilizadores de este pasado de tierra del territorio patrio, no señores, teníamos lo que ellos tuvieron cuatrocientos años antes de Cristo, conocimiento, civilización y cultura, de donde vino, no sé (págs. 136-137. Resaltado nuestro).

Menciona, además, que recoge importantes narraciones del pasado histórico del Municipio Turén. Veamos la siguiente anécdota “fabulesca” —al estilo de La Fontaine, o quizá, Esopo— sobre un perro llamado Lili que, según le contó Lorenzo Rojas, en tiempos del General Gómez, ese canino cobraba un sueldo:

“Lili”, era un perro de los amaestrados para la conducción de marranos hasta Valencia, este perro tenía la práctica en este menester a este animal le pagaban un sueldo, lógico recibido por su dueño que era Ricardo Ocanto Molina, su trato tanto en la comida y otros era especial

como a una persona, su comportamiento en el trabajo era efectivo (pág 124. Resaltado nuestro).

Con esta rápida (h)ojeada, notamos que Raúl Aguilera, en su libro *Turén de antaño*, no aporta nada sistemático, tampoco ofrece matices de veracidad de lo que escribe —mal, claro está—. Por el contrario, desfigura los vestigios de la memoria histórica de Turén. *Pese a ser un texto absurdo, su lectura puede servir de modelo pedagógico a principiantes, para que evidencien cómo no debe escribirse la historia de un pueblo ni reconstruirse el pasado, de hombres y mujeres, que nos antecedieron en un tiempo y espacio determinados.*

